

Antonio VÁZQUEZ GALIANO, *Un hogar luminoso y alegre: el matrimonio Alvira*, Madrid, Palabra, 2005, 92 pp.

El historiador agradece el paso del tiempo puesto que le amplía considerablemente la perspectiva que pueda tener sobre el pasado. Al revisar cualquier trayectoria personal, esta afirmación se pone de relieve. Si en el caso de un hecho concreto, una mínima distancia temporal suele ayudar a valorar en su justa medida las consecuencias que éste trajo consigo, no es menos cierto que, cuando lo que se trata de analizar es la huella que deja toda vida humana, el transcurso de los años garantiza una imagen más exacta de lo que esa figura representó.

Dentro de la bimilenaria historia de la Iglesia, el fenómeno del Opus Dei como institución y, sobre todo, en lo que a su mensaje se refiere, es especialmente joven no sólo por la actualidad que pueda contener en sí para el cristiano, sino porque aún no ha alcanzado su primer siglo de existencia. De un modo más evidente, se observa que aquellos que encarnan su espíritu constituyen una muestra válida –especialmente los primeros fieles de la actual Prelatura– para comprender la dimensión que tal espiritualidad imprimió a su vida corriente.

A este respecto, no es la primera vez que se edita una semblanza de un fiel del Opus Dei con una clara voluntad de ofrecer su contexto histórico, de acuerdo a las reglas que todo trabajo crítico de este estilo demanda: sobre todo, el establecimiento de un aparato documental que sustente la línea argumental de sus conclusiones. La obra en tres tomos de Andrés Vázquez de Prada a propósito del fundador del Opus Dei (Madrid, 1997-2003), encabeza una serie de trabajos que, intrínsecamente relacionados con las respectivas causas de canonización de aquellos fieles a los que retratan, cumplen las condiciones anteriormente mencionadas. Cabría aludir, en este sentido, los ejemplos de Isidoro Zorzano Ledesma (Madrid, 1996); Montserrat Grases (Madrid, 1993); Ernesto Cofiño (Madrid, 2003) o Eduardo Ortiz de Landázuri (Madrid, 1994).

Las dos últimas publicaciones nos sirven para situarnos frente a la obra de Antonio Vázquez Galiano. El matrimonio Alvira –Tomás y Paquita–, Ernesto Cofiño y Eduardo Ortiz de Landázuri fueron fieles del Opus Dei, llamados a santificar su vida matrimonial. El caso de Tomás Alvira y Paquita Domínguez además resulta singular, pues ambos fueron de los primeros en formar parte del Opus Dei como supernumerarios. Por otra parte, el trato de Tomás con san Josemaría Escrivá de Balaguer se remonta a la época de la Guerra Civil española, momento en que el Opus Dei contaba con ocho años de vida. Ese trato llevó a Tomás a solicitar su vinculación al Opus Dei, lo que se hizo jurídicamente efectivo en 1948, cuando la Santa Sede aprobó que pudieran incorporarse personas casadas o sin una especial llamada al celibato: todos –casados, solteros o viudos– cristianos corrientes llamados a santificar su trabajo y las demás circunstancias de la vida ordinaria según el espíritu del Opus Dei.

Amadeo de Fuenmayor, Valentín Gómez-Iglesiás y José Luis Illanes, en *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma* (Pamplona, 1989), han advertido cómo en la articulación jurídica del Opus Dei, el fundador siguió como norma que el derecho fuera detrás de la vida. El ejemplo de Tomás Alvira no hace más que certificarlo. El ideal ascético que el Opus Dei pretendía recuperar por igual, sin restricciones de ningún tipo, para cualquier fiel cristiano –la santidad es una aspiración asequible en toda suerte de circunstancias– no era fácil de encajar en el derecho canónico vigente en los años cuarenta. Eso retrasó la incorporación jurídica de Tomás al Opus Dei en diez años, pese a que san Josemaría, receptor del mensaje divino y buen director espiritual, había discernido claramente su vocación al matrimonio. He ahí, a mi juicio, la principal aportación de este libro, que refleja la manera personal en que se fue haciendo camino transitable en la Iglesia algo que durante mucho tiempo aparecía desligado: la entrega a Dios y el matrimonio.

En lo tocante al autor, no es la primera vez que Antonio Vázquez se dedica a trazar la figura de un Alvira ni a tratar del matrimonio. Respecto a lo primero, ya había publicado *Tomás Alvira. Una pasión por la familia. Un maestro de la educación* (Madrid, 1997). Sobre el matrimonio ha escrito también diversos ensayos, entre los que destacan *Matrimonio para un tiempo nuevo* (Madrid, 1990), *¿Cómo es posible? Matrimonio y santidad* (Madrid, 2000) y *El matrimonio y los días* (Madrid, 2002).

Esta pequeña obra de síntesis, no es un retrato individual, sino más bien, y esto es importante señalarlo, un relato con doble protagonismo para ambos cónyuges. Así, la narración discurre pareja entre la personalidad de una y otro. No es extraño que el primer capítulo se detenga en desarrollar los avatares de Paquita y Tomás anteriores a su boda. Y curiosamente se observa cómo, en cierto sentido, sus respectivas trayectorias convergieron en un punto central de su vida posterior: la educación. Tomás fue catedrático de Instituto en Ciencias Naturales, mientras que Paquita ejerció la docencia como maestra de escuela hasta que se casó.

Sin duda alguna, tal desarrollo intelectual les preparó para afrontar la tarea de la que es deudor el título del libro: la creación de un “hogar luminoso y alegre”, según una expresión que gustaba repetir al fundador del Opus Dei. Tuvieron nueve hijos. Sus propias experiencias vitales, así como su común pertenencia al Opus Dei –Tomás desde 1947; Paquita, cinco años más tarde– fueron un importante bagaje del que se valieron para llevar a buen puerto semejante empresa.

Para ilustrarlo destacaría, en primer lugar, la presencia cercana del dolor en el ámbito familiar, representado en la prematura muerte de su primer hijo, José María. Falleció con tan sólo cinco años, tras complicarse un sarampión. El matrimonio tenía entonces otros tres hijos y vivía felizmente establecido, después de que Tomás hubiera encauzado su trayectoria profesional al incorporarse al Instituto Ramiro de Maeztu de Madrid. A posteriori, viendo la familia al completo, con los hijos que vinieron tras José María, ambos reconocieron en este suceso una piedra de toque con la que Dios puso a prueba la calidad de su madurez humana y de su crecimiento espiritual, necesarios no sólo para aceptar que de esta pérdida pudiera obtenerse alguna ganancia, sino para reconstruir serenamente la “empresa” familiar hacia la meta que se habían fijado.

Y junto a este acontecimiento, cabría añadir el tacto que tanto Tomás como Paquita pusieron a la hora de corregir a sus hijos. Acostumbrados uno y otro a las formas pedagógicas, la vida en el seno de los Alvira dio de sí infinidad de detalles a partir de los cuales fue algo natural sacar a relucir el respeto por la libertad –acompañada de la correspondiente responsabilidad– como norma suprema en la educación de sus hijos. El autor no escatima la enumeración de sucesos en este sentido, hasta el punto de dedicar un capítulo entero a esta cuestión. Desde el modo de invitar a rezar, hasta la interpelación a asumir con responsabilidad e iniciativa determinadas elecciones o compromisos, fuesen estos últimos triviales, como un plan con amigos, o decisivos, como una carrera universitaria.

Al mismo tiempo, la influencia que el espíritu del Opus Dei ejerció en la vida diaria de Tomás y Paquita, en sus relaciones profesionales y sociales, también dejó su impronta en el hogar que formaron. Antonio Vázquez consigue perfilar esta huella volviendo de nuevo a recurrir a las pequeñas anécdotas que ilustran gráficamente cómo marido y esposa afrontaron tales obligaciones. Desde el momento en que ambos descubrieron su peculiar llamada divina, los dos se esforzaron por dotar a su día a día de una vida de piedad –concretada en prácticas fijas y periódicas– que fuera

la base para un trato intenso e ininterrumpido con Dios. La capacidad para amar a los demás que tuvo como efecto inmediato esa respuesta en Paquita y Tomás, fue sentida primeramente por sus hijos, y a continuación, por todos aquellos que coincidieron con ellos. Así lo prueban el cariño que se manifestaron siempre entre sí o sus respectivas reacciones a las enfermedades que fueron anunciando su inequívoca llegada al final de sus vidas, fielmente retratadas por el autor en el último capítulo.

En definitiva, estamos ante una obra breve en número de páginas y accesible por formato y estilo; pero de largo alcance en sus conclusiones, que aspiran a ejemplificar lo que fue una apuesta en común por testar a la sociedad el mejor legado posible: la familia. Ésa fue la apuesta del matrimonio Alvira.

Jaime Cosgaya García